

LA REBELION DE LAS LIBELULAS

A mis hijos

“Los cultos de los vientos eran poco conocidos en la Grecia del primer milenio y no puede citarse paralelo alguno. Otras tablillas de esta serie mencionan a la sacerdotisa de los vientos; una de ellas la sitúa en la ciudad de U-ta-no”

J. CHADWICK (*El mundo micénico*, 131)

HE provocado la rebelión de las libélulas. Todavía no me lo acabo de creer. Sin embargo, aún resuena en mis oídos el estruendo transparente y metálico de mis caballitos del aire: el sol se apagó cubierto por la nube sonora que nos envolvió dejándonos sumidos en la oscuridad. Fue necesario para que, al fin, consiguiéramos ver con claridad el camino.

Todo comenzó hace innumerables siglos. La tradición se conservaba celosamente en este templo abierto al mar tenebroso. Los marinos, así los que poseen el Peloponeso, como los que viven en Europa y en las islas bañadas por el mar o en el lejano Egipto, se acercaban para consultar mi oráculo, dejando valiosas ofrendas que aumentaban de día en día nuestra riqueza y poder. Los sacerdotes, orgullosos de su sabiduría, me imponían a mí —sacerdotisa de los vientos— las contestaciones que debía dar con mi oráculo, guiando a los pobres humanos por caminos previstos convenientes para la clase sacerdotal. Pero un día me enfrenté a ellos provocando la rebelión de las libélulas.



Aquel día, como todos, el primer sacerdote daba su clase a los discípulos en la amplia terraza frente a la bahía de Portmán. No había ni una sola nube en el cielo. Una nave aparecía en lontananza. El mar era un inmenso estanque y no hubo necesidad de encender la fogata en la Torre Ciega —que erigió Hércules— para avisar peligros ignorados. Ni siquiera pudieron utilizar las velas. Entraban a fuerza de remos.

Los discípulos, pequeños y mayores, sentados frente al primer sacerdote, recogían en sus tablillas —con reverencia y temor— las enseñanzas transmitidas por la clase sacerdotal a lo largo de los siglos. Yo descendí la escalinata que conducía a la piscina. El día era hermoso. El olor de los pinos, la visión del mar, producía un sentimiento de paz. Una carreta cruzaba el camino junto a un trigal lejano. Algo más lejos, se recortaban unos cerros con minúsculas casas adosadas a su ladera. Me senté en el borde del estanque contemplando el vaivén de las libélulas. Hasta mí llegaba el rumor de las voces repitiendo monótonamente los viejos conceptos formulados por el primer sacerdote. Es curioso, eran voces juveniles, sin embargo, el monótono rumor cadencioso, repetido, siempre igual, parecía restarles su vida juvenil, hasta su futuro. Se convertían, en el ritual aprendido, en viejas voces sin futuro, sin vida, a pesar de su ritmo musical. Mi paz se convirtió en tristeza por tanta juventud desperdiciada: tantas posibilidades ocultadas por los que permanecen aherados a una tradición sin futuro.

En aquel momento, una libélula hermosísima, de vivos colores, se posó en el agua frente a mí. Parecía que me miraba con sus enormes ojos redondos, incluso diría que comprendía mi estado de ánimo. De repente reempeñó el vuelo a tal velocidad que la perdí de vista inmediatamente en el cielo infinito. Continué mirando el agua, con la imaginación perdida, escuchando sin cesar el runrún monótono de voces apagadas. Allí, en el fondo, sujeta a un frágil tallo se estaba produciendo una metamorfosis, una nueva libélula adulta emergía de su funda larvaria.

A las monótonas voces se interpuso otro sonido lleno de vida, el caramillo del pastor que se acercaba por el sendero que lleva a otros mundos abiertos. El pastorcillo era mi amigo. Muchas veces, dejando sus cabras pastando tranquilas se acercaba a saludarme: él no necesitaba mis oráculos que marcaran su futuro, era yo la que sentía necesidad de sus canciones alegres, llenas de vida.

El pastor no era admitido entre las juventudes privilegiadas —¿privilegiadas?— que acudían a las clases de los sacerdotes. Sólo futuros sacerdotes,



castas de dirigèntes, eran admitidos a la enseñanza tradicional. Mi amigo el pastor no la necesitaba, tenía una escuela mucho mejor, la escuela de la vida que le proporcionaba mayor sabiduría que viejos conceptos repetidos hasta la saciedad. En su modesto y reducido ámbito el pastor sabía alcanzar el progreso. Se hizo muy amigo del viejo alfarero rodio. El tiempo que le dejaban libre sus cabras, lo empleaba muchas veces manejando el torno. Pero no se conformó con repetir rutinariamente la decoración tradicional a bandas. Supo aportar ideas nuevas renovando la tradición. Cierta día, con el grueso pincel cargado de almagre, dibujó una cabra salvaje en la vasija; en vista del éxito, fue añadiendo más y más cabras a la decoración, en todas posiciones, tal como las contemplaba él en la vida real de cada día. Los bellos resultados fueron acogidos con emoción por su maestro que los incorporó a su repertorio renovándolo totalmente. El pastorcillo abrió un nuevo camino a la belleza. A partir de ese momento, poco a poco, se fueron introduciendo más detalles en las decoraciones: peces, pájaros, el salvaje carnassier, árboles, flores, toda la naturaleza, la vida entera, se podía contemplar reproducida en una hermosa vasija ibérica.

Mientras se acercaba por el sendero, su música me llevaba por caminos celestes y olvidaba mi tristeza recordando las canciones que cantábamos juntos. Me parecía posible, que, algún día, también aquellos jóvenes sometidos a la rutina por sus maestros llegaran a alcanzar los nuevos conocimientos que conducen al progreso. Sin embargo, cierto pesimismo me inquietaba: el que se limita a repetir rutinariamente sabios conceptos —sin pensar por su cuenta— es imposible que sepa expresar nuevas ideas, es incapaz de renovación y permanecerá estancado en los viejos saberes. Los sacerdotes no saben o no quieren abrirles el camino de los nuevos conocimientos. No admiten la duda fecunda. Sólo pretenden reafirmar su supuesta sabiduría fundada en ideas preconcebidas, estériles, siempre iguales, siempre repetidas a lo largo de los siglos. Su autosuficiencia, no les permite como al viejo alfarero rodio acoger nuevas ideas fecundas sin temor.

Aquí, los sacerdotes pretenden imponer su saber, las viejas ideas inalterables transmitidas a lo largo de los siglos —que cierran todo progreso— pues gracias a ellas han obtenido el privilegio de lucir la blanca túnica talar y la cinta pelusiaca que manifiestan externamente su sabiduría; su categoría que los eleva vanamente por encima de los otros seres humanos. Sin embargo, con toda su vieja sabiduría reconocida, no logran superar la del maestro alfarero rodio que con entusiasmo acogió la idea de su dis-



cípulo, transformándola con su gran experiencia tradicional. Supo incorporar a sus decoraciones, los peces, las famosas yeguas que fecunda el céfiro, nuestras procesiones, nuestros rituales, todo nuestro afán diario lleno de vida y belleza.

Se acercó el pastor:

—¡Por Zeus Crisaor, estáis triste! ¿Acaso teméis, señora, no volver a ver a vuestros caballitos del aire? No os preocupéis. Vos sabéis que con mi caramillo, con mi música, puedo atraer millares y millares de libélulas. Todas las que deseéis contemplar, tantas, si queréis, que cubran totalmente el sol hasta dejarnos en la oscuridad.

Las palabras del pastor me reanimaron. Una idea de rebelión atrevida cruzó por mi mente:

—Esperad aquí que regrese del templo. Es posible que necesite ayuda de vuestra música.

La clase había terminado. Los discípulos más jóvenes bajaban corriendo la escalinata con nosotros. En ocasiones paseábamos juntos por el espeso bosque que rodea el templo. El pastor les prestaba su caramillo y les enseñaba alegres canciones, o nos sentábamos bajo un roble a charlar. Les hablábamos de otros mundos lejanos, de otros pueblos que no conocían y cuya existencia les ocultaban los sacerdotes: o bien, de ese pueblo tan cercano a ellos e ignorado, de los pobres seres humanos esclavizados y encadenados por Caron en la oscuridad de la mina. En el tenebroso Hades. De los pobres mineros privados de sentido que son como imágenes de los hombres que ya fallecieron. Muertos en vida por la ambición de unos cuantos. Así, cuando los futuros sacerdotes alcanzaran el poder conocerían el dolor establecido en su proximidad y sabrían remediarlo. Les hacíamos apreciar las bellezas de la naturaleza y observar los destrozos causados ¡siempre! por la ambición de los hombres: los hermosos robles talados cruelmente para obtener la madera necesaria en las minas de plata. Llegará un día, en que los espesos bosques que rodean el templo se conviertan en un erial desnudo, sin el menor refugio para las aves. Ellos tienen que evitarlo.

Sólo buscaban nuestra compañía los discípulos más jóvenes. A los mayores el dogma les cerraba la mente anquilosada por los viejos saberes: no querían saber nada de otros mundos y otras gentes. Tenían suficiente con los límites cerrados de su propio mundo. Su único afán era lucir cuanto



antes la blanca túnica de lino y la cinta pelustaca, manifestación externa de sabiduría que los hinchaba de orgullo.

Los discípulos se habían retirado ya y el primer sacerdote estaba hablando con el conductor de hombres que había llegado en la nave varada en la playa. Como todos los marinos arribaban a nuestras costas, quería consultar el oráculo del dios de los vientos. El ritual es muy riguroso. En primer lugar deben comunicar sus pretensiones al primer sacerdote, el cual, a su vez, se las transmite al Gran Sacerdote, y este último a mí, que soy la encargada —como sacerdotisa de los vientos en la isla Eretia— de transmitir el oráculo del dios.

Subí la escalinata que conducía a la terraza. Cuando el primer sacerdote se retiró, el conductor de hombres, siguiendo el ritual, se sentó en el banco lateral adosado a la pared del templo para esperar el momento propicio determinado por los sacerdotes. Desde este lugar no puede verse la entrada del templo. Al llegar me descalcé, y llevando mis sandalias de cuero en la mano penetré por la puerta principal.

En la semioscuridad del templo se destacaba la blanca túnica de lino del Gran Sacerdote que estaba esperándome. Crucé el recinto entre las dos columnas de bronce cubiertas de viejas inscripciones. La frialdad del mosaico multicolor que cubría el suelo del templo, era un consuelo para mis ardorosos pies. Pisando cenefas de Aves y flores que rodean —junto con sus atributos, los bellísimos pavos reales que conducen su carro— a nuestra diosa Hera, Señora del Hades, me acerqué al Gran Sacerdote.

El Gran Sacerdote me esperaba, según el ritual, posando sus pies descalzos sobre la boca de la imagen de Hera. Así manifestaba que Hera hablaba por él, indicándome lo que debía responder al oráculo solicitado:

—Los vientos no son propicios. La nave debe permanecer aquí largo tiempo si no quieren irritar a los dioses: el orfebre que viene con ellos debe trabajar para el templo si quieren aplacarlos. Y los demás han de colaborar en el trabajo de las minas.

Me lo esperaba. Yo sabía que en las minas infernales del Hades se había producido una epidemia mortal. No había esclavos suficientes para extraer las inmensas riquezas del pozo Babelo, pues aquí, el mundo subterráneo parece ser habitado, no por Hades, sino por Plutón, el dios de la riqueza.

Nuestro mejor orfebre había muerto atacado por el mismo mal misterioso. Incluso entre los pescadores se había introducido la muerte; tenían



tanta necesidad de ayuda —para manejar las velas— que en varias ocasiones se llevaron al pastorcillo a pescar. El pastor me había contado sus experiencias maravillosas navegando por el mar tenebroso, su arribada a otras tierras en las que las cabras salvajes recorrían la tierra llena de malezas que produce el esparto. Otros ríos que llevaban sus aguas tranquilas al mar grande. Otros campos y otras flores de una isla afortunada.

Me dirigí al tesoro del templo para revestirme con las joyas que deslumbran a los humanos; los pesados pendientes, los macizos aros con sus trenzas colgantes de reluciente oro y piedras preciosas incrustadas; la diadema; los innumerables collares, brazaletes y sortijas. Diamantes, perlas y esmeraldas relucían por doquier. Puse la maravillosa tiara sobre mi cabeza y la cubrí con el manto bordado de púrpura y oro. El cinturón damasquinado sujetó la cintura, realzando mi blanca túnica plisada con preciosos bordados en su borde. Me coloqué las sandalias doradas y me dirigí al trono de los oráculos, esperando inmóvil la llegada del conductor de hombres.

Pronto lo vi aparecer; caminaba hacia mí con las manos extendidas, por la parte exterior de las columnas del templo, bordeando el mosaico de Hera que sólo está permitido pisar a los sacerdotes descalzos. Siempre con las manos extendidas, en pie, frente a mí, me comunicó sus deseos:

—He llegado de mi país extranjero, he pasado a través de los países y he oído hablar de tu ser. ¿Qué nos reservan los dioses?

—Vienes de lejanas tierras, y quieres saber si los vientos son propicios para continuar vuestro viaje en busca de nuevas tierras. Se que habéis sufrido muchas penalidades; que el viento se paró, el agua que llevábais se corrompió y llegásteis desfallecidos por la sed y el hambre. No puedes exponer a tus hombres a nuevas calamidades desconocidas: quieres saber si es preferible permanecer aquí acogidos a la hospitalidad de los sacerdotes.

No temas. Vuestro camino hacia la isla afortunada está abierto. Cuando vuestra nave abandone la corriente del río Océano llegaréis a las olas del vasto mar que rodea la isla. Yo rogaré a nuestro señor Eolo, que os impulse el viento apeliota para arribar a ella con felicidad. Ahora bien, debéis seguir mis consejos.

No os detengais aquí ni un minuto más. Llevad con vosotros al pastor, pues su música os conducirá sin peligro a un lugar paradisiaco, donde los ríos llenos de peces os proporcionarán agua y sustento hasta que la Madre Tierra haga fructificar vuestras semillas recién plantadas. Nuestra Madre



Tierra hace vivir todo país extranjero por lejos que esté poniendo un Nilo en el cielo que hasta ellos llega, forma las corrientes de agua sobre las montañas como el verde mar, para regar sus tierras y territorios. Espesos bosques donde abunda la caza estarán a vuestro alcance. Vuestra vista se recreará con la belleza de los campos de gladiolos, la hermosa flor de múltiples colores cuyas hojas son como espadas, y que allí, por la fecundidad de la isla alcanzan tres codos de altura, y los palmitos veinte pies. El clima es suave y los habitantes amables y hospitalarios saben cultivar la famosa lechuga tartésica de extraordinaria calidad. Construyen sus barcas de carga en madera de espino y las jarcias y velas de esparto, o bien, otras veces de cuero con improvisada vela las cuales si no tienen buen viento para navegar río arriba, suben tiradas desde la orilla. Cuando el río inunda el país —fecundándolo con su limo— aparecen las ciudades a flor de agua, comparables a las islas del mar Egeo. Entonces todo es un mar, y en vez de seguir la corriente del río se navega por la la campiña.

Allí no correréis ningún peligro porque no hay veneros de plata y oro que corrompen a los humanos fomentando su ambición. Podréis construir vuestra morada lejos de los hombres industrioses que esclavizan a sus hermanos. Marchad, después de entregar vuestras ofrendas para el templo: así, no seréis castigados a habitar el Hades, y obligados a proporcionar riquezas a los felices mortales de los Campos elíseos que viven en el cielo.

El marino extranjero, conductor de hombres, salió del templo y se dirigió hacia el banco donde había dejado las ofrendas que debía entregar a los sacerdotes sin aludir al oráculo recibido. Yo me apresuré a quitarme los atributos sacerdotales. Guerdé de nuevo las joyas en las arcas del templo, y con mis sandalias de cuero en la mano pisé suavemente el mosaico situándome frente a la imagen de Hera. Ahora que el sacerdote no hablaba por su boca, vi que aceptaba mi rebelión: a ella tampoco podía busterle ver a sus servidores convertidos en esclavos.

—Salí del templo y crucé la terraza, descendiendo por la escalinata que conducía al estanque donde me esperaba el pastor:

—Necesito que tu música convoque a mis caballitos del diablo del aire. Debes marchar con los marinos extranjeros recién llegados conduciéndolos a la isla afortunada que tú conoces. La nube de libélulas cubrirá la huida de vuestra nave. Las naves largas de Caronte —el barquero del infierno— que están ocultas en la isla Grosa, vigilantes, impidiendo la marcha hacia



la felicidad, hacia el oeste, no podrán veros gracias a la nube que os rodeará durante la travesía peligrosa.

Así fue: aún resuenan en mis oídos el estruendo transparente y metálico de mis caballitos del diablo del aire. El sol se apagó cubierto por la nube sonora que nos envolvió dejándonos sumidos en la oscuridad. Los sacerdotes acudían preocupados a la terraza para contemplar el misterioso suceso. Pero no vieron la nave que salía impelida por el viento apeliota. Mi rebelión —la rebelión de las libélulas— contra los sacerdotes, abrió un nuevo camino hacia el futuro, como el débil rayo de sol que se filtra a través de la nube oscura.

